

S.M./R.8

EL BUEN AMIGO

Periódico para la enseñanza de niños y adultos

Sale cada 15 días

REDACTADO POR JUAN BENEJAM
ISLAS BALEARES. — CIUDADELA.

Precio 2 ptas. al año

Año V.

Ciudadela 15 de Marzo de 1904.

Núm. 6.

Demos á los niños y demás personas de sencilla inteligencia lecturas sanas, útiles y de fácil asimilación y resolveremos en parte el difícil problema de la educación popular.



LA PALOMA CORREO

En vista del grabado



EL padre de Guillermo, que era capitán de marina, había regalado á su hijo una paloma correo, es decir, de esas que se amaestran para llevar cartas de un punto á otro.

El muchacho cobró mucho cariño al ave, más aún que el que ya profesaba á su perro y á su gato, y divertíale mucho remitir cartas á su tía, residente en un pueblo inmediato, y recibir la contestación por conducto de su paloma.

Cierto día Guillermo envió al ave con una misiva, sin reparar que el tiempo estaba tempestuoso. Cuando su madre volvió á casa, díjole que había hecho mal, porque la paloma podría perderse si descargaba la tempestad; mas ya era tarde para llamarla.

Poco después la tormenta estalló al fin, y el pobre Guillermo, asomado á la ventana y fija la vista en el horizonte, miraba ansioso á todos lados con la esperanza de que apareciera su alado mensajero, mas no le divisó.

El viento y la lluvia habían impelido á la paloma hacia el bosque, donde se guareció entre las ramas de un árbol; y al día siguiente, cuando ya Guillermo lloraba la pérdida del pobre animal, vió de pronto, con inmensa alegría, su querida paloma, que llevaba una carta en el pico y que pocos momentos después se posaba en sus brazos.



HISTORIAS Y CUENTOS



El niño caritativo



ERA á mitad del invierno del año 183...

La ciudad de Palma ostentaba con elegante soberbia, en calles, balcones y tejados, un grueso y hermoso manto de nieve, tan admirablemente extendido, que los palmesanos no podían salir de sus habitaciones sin que bajo sus pies crujiese el hielo, á cuya sola vista se estremecía de frío todo el cuerpo.

El cielo estaba despejado, y solo alguna que otra pequeña nube blanca se destacaba en su fondo azul.

Los tibios rayos del sol empezaban á derretir la nieve.

La ciudad tenía el aspecto más encantador por su tono de luz y su vida.

Los que transitaban por las calles iban tiritando, con los hombros encogidos y metidas las manos en los bolsillos.

En todos los rostros aparecía marcada la huella del frío, y la pureza de la atmósfera dejaba ver el aliento que se escapaba de la boca y las encarnadas narices.

Todo el mundo iba abrigado: unos con su capa y otros con el capote de su abuelo.

En todas partes no se oía hablar más que del frío, y de todos los labios salían las mismas palabras:—¡Qué frío! ¡Qué frío!

En una, pues, de las estrechas calles de esta ciudad, apoyándose en la pared y sosteniéndose por el auxilio de ella, se veía á un niño que andaba lentamente.

A cada paso su cuerpo flaqueaba, y cada vez que sus pies descalzos tocaban la nieve, se estremecía como si sintiera un gran dolor. Pero de sus labios no salía una sola queja: estaba acostumbrado á padecer.

Su rostro estaba livido, y sus facciones contraídas por el frío y el hambre.

Sus largos cabellos, cayendo con el mayor descuido sobre su rostro sucio, cubriendo media oreja, le daban el aspecto más conmovedor.

Tenía sus pies y manos visiblemente hinchados; y los sabañones, rompiéndole la piel por algunas partes, dejaban ver la helada sangre.

La gente que pasaba, envuelta en sus gruesos abrigos, y por consiguiente preservada un tanto de la inclemencia de los elementos, seguía su camino, sin que este tierno ser, maltratado por la fortuna, les inspirase una sola palabra de consuelo. Un encapotado caballero, porque le estorbó el paso, casi le dió un puntapié.

Su extremada flaqueza, y el dolor de sus pies hinchados por el frío, á duras penas le permitían andar.

Abatido completamente, se refugió en una entrada grande de-

trás de una puerta. Se acurrucó, y, como si quisiera calentarse con el propio calor de su cuerpo, se redujo á un tan pequeño bulto que parecía un niño de tres años á pesar de tener, sobre poco más ó menos, siete ú ocho.

* * *

Era la mañana, y la campana del reloj de la ciudad, con su melancólica voz, acababa de anunciar las ocho.

A unos veinte pasos del portal en que hemos visto refugiarse á Juanito, que este era su nombre, en la misma calle había una escuela.

Grupos de muchachos, charlando y gritando, se dirigían á ella.

Un grupo de tres niños de ocho á nueve años se paró en el dintel de la entrada detrás de cuyas puertas estaba Juanito.

—Veamos,—decía uno de ellos,—saca los cigarros, Casimiro. Fumaremos y no tendremos tanto frío.

—Tomad,—dijo éste. Y dió un pitillo á cada uno.

—Iremos á encender detrás de la puerta,—repuso el otro.

—Si, dijo Casimiro.—Y se dirigió á ella, siguiéndole sus dos amigos.

—¡Qué es esto!—exclamó Casimiro, sorprendido al hallarse ante el pobre Juanito, que parecía una bola según estaba encogido.

El desgraciado alzó los ojos y vió á los tres niños que le miraban. De sus labios se escapaba

una lúgubre sonrisa que parecía pedir misericordia. Su rostro, humedecido por las lágrimas, reflejaba fielmente su profundo dolor, y en su mirada vaga se podía leer su flaqueza.

Los tres niños se conmovieron á un tiempo.

—¡Pobre niño!—dijo Casimiro dirigiéndose á sus amigos.

Los tres miraban á Juanito sin saber qué hacer

—¿Qué tienes? ¿Tienes frío?—le preguntó, al fin, Casimiro.

—Sí,—contestó con temblorosa voz Juanito.

—¡Ya lo creo! ¿Cómo no ha de tener frío,—dijo Casimiro, dirigiéndose á sus amigos,—si anda desnudo casi? Mirad: no lleva camisa, y le cubre su cuerpo sólo una chaqueta delgada y toda rota. No lleva zapatos ni nada. Unos pantalones de algodón, rotos por todas partes. ¡Pobrecito!

Estaba el niño Casimiro tan conmovido ante este triste espectáculo, que las lágrimas asomaban á sus ojos.

—¿Qué hemos de hacer?—preguntó á sus amigos.

—Marcharnos,—contestó uno.

—Ya es hora de entrar en clase.

—¡Ah! ¡no!—repuso Casimiro, casi indignado.—¿No ves que ese niño se moriría de frío? Mira cómo tiene sus pies y sus manos. De los sabañones le sale sangre.

—Y bien: ¿y qué?—contestó el otro.

—¿Y qué? Ya verás. Antonio,—dijo dirigiéndose al tercero, que

parecía sentir también compasión hacia aquel niño que se escondía detrás de una puerta, quizás para morir;—aguántame los libros y todo lo que yo te daré.—Y dándose un tirón á las mangas de la americana, se la quitó, y el chaleco y una camiseta de punto que llevaba encima de la camisa.

Los dos amigos se miraban asombrados.

—Pero ¿qué vás á hacer?—le preguntaron.

—Nada: voy á darle la camisa,—contestó con el mayor aplomo.

—Levántate, niño: te pondrás esta camisa,—le dijo mientras se la quitaba.

Al mismo tiempo que Casimiro entregaba la camisa á Juanito, que aun no se habia levantado, bajaba una criada de aquella casa; y al ver á los cuatro niños reunidos, uno sin camisa y que la daba á otro, preguntó qué era aquello.

—Hemos encontrado á este niño detrás de esta puerta,—dijo Antonio.

—Y ¿qué haces?—dijo la mujer dirigiéndose á Casimiro al tiempo que se ponía el chaleco.

—Le ha dado la camisa,—contestó Antonio.

—¡Cómo! ¿Esto has hecho? Y ¿qué te dirá tu madre?

—Yo tengo otras en mi casa,—contestó Casimiro tomando los libros y marchándose con sus amigos, dejando á la mujer asombrada, y á Juanito, que se

ponía la camisa, tiritando y sin casi poderse sostener de pie.

* * *

(Concluirá.)

EDUCACIÓN CÍVICA

Deberes de los ciudadanos

AQUELLA tarde se les agregó á Don Manuel y á sus nietos un vecino, hombre de unos cuarenta años que pasaba por uno de los más prudentes del pueblo. A la sazón era concejal y andaba muy preocupado porque al día siguiente se habían de efectuar elecciones para diputados á Cortes y á él le correspondía intervenir en dicho acto.

—Si, señor; exclamaba dicho vecino dirigiéndose al general; yo tengo para mi que á nadie conviene meterse en tales asuntos de elecciones y de política y que lo mismo da que gobierne uno que otro.

—Está V. en un error, amigo señor Durán, le contestó don Manuel. Al ciudadano debe interesarle siempre la *política*; pero la buena política como es la dirección de los negocios públicos.

Los muchachos permanecían silenciosos y escuchaban el diálogo mantenido por su abuelo y el Sr. Durán.

—Pero que tendremos más en que sea Juan ó que sea Pedro el elegido. Yo solo quiero trabajar

y estarme en mi casa, porque nada me da el gobierno ni tengo necesidad de disgustarme con este ó con aquel por cosa que no me importa un bledo.

—Oiga V. replicó el General. Le parece á V. que estaría conforme un comerciante con que sus dependientes hicieran mangas y capirotos de sus mercancías ó que le robaren el dinero de la caja ó también que le abandonasen el establecimiento y se marchasen á paseo?

—Seguramente que no, pero que tiene que ver...

—Ya verá V. añadió don Manuel. Los gobernantes están encargados de cuidar de nuestra vida, de nuestras propiedades y de nuestra tranquilidad. Si son hombres inmorales ó haraganes, no se preocuparán gran cosa del bien común y si son incapaces de gobernar, echarán á perder todo lo que les hemos confiado y aun se convertirán en nuestros principales enemigos, echando un borrón sobre nuestra patria y aunque fuera solo por sostener el buen nombre de nuestro país deberíamos cuidar mucho de elegir buenos gobernantes.

—Será lo que V. quiera don Manuel; pero no me negará V. que el que no se mete en política vive más tranquilo y supuesto que no depende de uno el que se deja tal ó cual gobierno, me parece que es preferible dejar correr la bola.

—Y faltar á sus deberes de

ciudadano. ¿No es eso? replicó algo contrariado el General. El que no se mete en nada contribuye al abandono del pueblo ó de la nación y da margen á todos los abusos que se cometan. Si todos pensaran como V. señor Durán, media docena de audaces ó desvergonzados gobernarían á sus anchas y se convertiría la administración pública en merienda de negros.

—Bueno; cuando á mi me perjudiquen es otra cosa.

—Es decir, que V. vería desollar al prójimo impunemente y cuando le tocasen á V. pondría su grito en el cielo; pero en ese caso nadie acudiría en su defensa, si todos pensaran lo mismo.

—Es verdad, contestó medio convencido el Sr. Durán. Pero si yo no entiendo de eso; si la mayor parte de los hombres se hallan á oscuras sobre política, ¿cómo nos las hemos de componer?

—En ello no le falta razón, amigo mío, repuso don Manuel. Es menester que el pueblo se instruya en los principales deberes y derechos del ciudadano, y por esto se ha mandado que en las escuelas de primera enseñanza aprendan los niños á conocer las principales funciones del gobierno, principiando por saber lo que hace el alcalde de un pueblo, cuales son las atribuciones del Ayuntamiento y en que se ocupa el Juzgado municipal.

Entonces fué cuando don Ma-

nuel, dirigiéndose á sus nietos, les hizo algunas preguntas, en presencia del Sr. Durán, contestando aquellos de una manera que dejaron completamente convencido á este buen hombre.

—Ya ve V., pues, amigo vecino, terminó el General que es un deber imprescindible de los ciudadanos, trabajar para conseguir el nombramiento de buenos gobernantes, vigilar su conducta, averiguar si cumplen sus deberes y no permitir que se falte impunemente á las leyes establecidas.

El Sr. Durán por su parte prometió interesarse en las elecciones que habian de celebrarse al día siguiente votando el candidato que, según su criterio, convenia elegir diputado, y con esto se despidieron como buenos amigos.

LA NATURALEZA

EN PRESENCIA DE LOS NIÑOS

Fenómenos eléctricos

CONCLUSIÓN.

La diferencia entre el relámpago y el rayo no es otra que el primero es la luz, ó fenómeno luminoso que produce la descarga de las nubes eléctricas, y el segundo es la chispa que se desprende. En realidad viene á ser el mismo fenómeno. Cuando la descarga eléctrica se verifica entre dos nubes se produce el relámpago; cuando es entre una nube y la

tierra entonces se manifiesta el rayo.

Los efectos de este último son terribles. Todo lo destroza y lo funde con una fuerza irresistible; pero en medio de su violencia tiene caprichos muy extraños. A veces la chispa eléctrica penetra en un aposento donde hay varias personas, y mata á unas, dejando intactas las demás. Otras veces mata y pulveriza á un hombre y respeta traje, y vice-versa; deja calva una persona sin herir su cabeza; entra por la ventana de un edificio y sale por otra sin causar el menor daño; arranca un zapato sin tocar el pié y otras muchas rarezas.

Pero no solo es temible el rayo sino la atmósfera asfixiante que deja en su rastro, la cual en muchas ocasiones produce la muerte. Las personas y los animales que mueren á consecuencia del rayo, quedan por punto general en la misma posición que tenían el ser heridas, sin ofrecer la menor señal de sufrimiento, pues su muerte es instantánea. La rapidez de la electricidad es inconcebible: en un minuto daría ocho veces la vuelta al mundo.

Generalmente la descarga eléctrica no ocasiona daño cuando se efectúa entre dos nubes solamente; pero si se trata de una nube cargada y un objeto colocado en el suelo, los estragos son casi seguros. A veces una persona próxima donde cae el rayo, experimenta una fuerte sacudida y muere sin haber tocado la chispa eléctrica.

También el rayo puede ser ascendente y descendente, esto es,

puede partir de arriba hácia abajo (que es un trayecto ordinario) y de abajo hacia arriba. Pero ¿qué es el rayo? preguntará alguno. ¿Se manifiesta por algún cuerpo? De ninguna manera. Aunque se hayan observado rayos de forma globular ó en forma de bola, aquello no es mas que una apariencia. Propiamente hablando, el rayo no existe; es la descarga eléctrica que se revela como si contuviese un cuerpo abrasador.

Entre los fenómenos eléctricos figuran los llamados *fuegos de S. Telmo*, que son pequeñas llamas amarillentas y azuladas que flotan muchas veces en las puntas de las torres y en los extremos de los palos y vergas de los buques. cuyas llamas son debidas á la influencia de las nubes bajas cargadas de electricidad, sobre los objetos terrestres elevados, máxime si son puntiagudos.

¿Quién no ha observado la propiedad que tienen los imanes de atraer los metales, especialmente el acero. ¿Cómo se explica esa atracción? El hombre no sabe lo que es la electricidad ni tampoco el *magnetismo*; pero se ha observado que ambos fluidos misteriosos tienen la misma analogía. Un cuerpo imantado es un cuerpo electrizado, pues el magnetismo no es otra cosa que el resultado de las corrientes eléctricas que circulan alrededor de las partículas de los cuerpos, cuyas corrientes extendidas en todo el globo hacen que éste sea considerado como un inmenso imán.



EL NIDO DE LA HUERTA

En un pino de mi huerta
tres jilguerillos he visto
que la pelada cabeza
sacaban fuera del nido.
Piaban alegremente
siempre que en el débil pico
cualquier insecto brillante
la madre traía cautivo,
ó cuando, ufana y gozosa,
les daba el grano de trigo,
de entre los surcos robado
y en los sembrados cogido
con peligro de la vida,
más despreciando el peligro.

Si la lluvia ó la tormenta
mostraban medroso signo,
si de las nubes el rayo
rasgaba el seno encendido,
si al declinar de la tarde
sentía el relente frío
y la noche con negruras
cubría el azul divino,
la madre abría las alas
y cobijaba á sus hijos,
mientras el cierzo ó la lluvia,
ó la escarcha, ó el granizo,
hacían helar la sangre
de sus miembros ateridos.

Cuando despertaba el día,
y con él los pajarillos,
daban á la madre tierna,
por su cariño, cariño,
por sus ternuras, ternuras,
y piadas por sus trinos;
y acariciando aquel seno,
entre plumas escondido,
parecía que dejaban
en él un beso sencillo...
¡muestra del cariño inmenso!
¡prueba del amor sentido!
Cuántas veces, envidiando,
la paz del hogar tranquilo
que surgía de las hojas
sobre las ramas del pino,
yo exclamaba:—¡Qué dichosas

son las madres, pues los hijos
recompensan sus cuidados
con un amor infinito!—

Mas cubriéronse de plumas
los pintados jilguerillos,
y cuando vivir pudieron
sin el maternal auxilio...
volaron una mañana
y no volvieron al nido.

Eduardo Villegas

DE TODO UN POCO

El célebre brillante «La Estrella del Sur», que pesaba 83 quilates y medio y que estaba tasado en 800.000 pesetas, lo posee en la actualidad la condesa de Dudleg. Dicho diamante se lo compró un holandés á hotentote por dos mil duros y lo revendió por 400.000 pesetas.

El mal sabor de una medicina no se nota si antes de tomarla se tiene un rato en la boca una cáscara de limón ó un clavo de especie.

Aparte de algunas especies de ratas y de perros salvajes, no existían cuadrúpedos en Nueva Zelandia hasta que conquistaron esta comarca los europeos.

Negaba un ladrón ante un tribunal un robo y le dijo el juez:— Es inútil temeridad negar el delito. Podemos presentaros seis testigos que dirán que lo presenciaron.— No importa, dijo el ladrón, yo puedo presentar seis mil que dirán que no lo presenciaron.

Imprenta y librería de S. Fábregues.